

REVISTA ESTUDIANTIL

ENTRE LINEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



Amor conventual

David Alberto Mírquez Céspedes

damirquezc@ut.edu.co

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

VII semestre - IDEAD

Universidad del Tolima

Eran las seis y treinta de la tarde cuando un fraile irrumpe con la entonación del *regina caeli* el silencio súbito de la capilla que solía entreverarse con el trinar de las aves, que al atardecer terminan el día con su melodioso canto para dar paso al *ostinato* silencioso de una noche conventual entre lejanas y solitarias montañas...

Esta no es una historia de rezos y tampoco pretendo narrar la forma de vida que se lleva en un convento... es una historia que se teje con la humanidad de uno de los novicios que allí habitaba, quien entre la sensibilidad de sus afectos y pasiones encontró una forma de escapar de las aflicciones provocadas por las inenarrables pulsiones de la soledad que le atormentaban constantemente.

Lo que hoy les contaré hace parte de quizá uno de los secretos mejor guardados entre los muros rígidos, lúgubres y fríos de un convento; dicen que quienes deciden entrar allí han encontrado motivos para renunciar tanto a sus ideales y proyectos de vida como a sus deseos más humanos, por lo que el enamorarse o sentir atracción sexual les es completamente ajeno a su estilo de vida (más no a su propia vida) ... pero ¿Qué creen que ha pasado con este novicio? Irremediablemente la fuerza del amor es más poderosa que cualquier ideal y cuando el amor entra al corazón es más persistente que cualquier negación (además una pasión solo puede ser vencida por una pasión mayor); por estos motivos, lo que ha pasado es que el novicio (quien fue en busca de sentido) termina encontrándose a él mismo en los ojos de una mujer; seguramente querrán que les cuente la historia desde el principio, así lo haré, sería un completo disparate haber llegado a este punto y no contarles los detalles.

Si quiero narrarles desde el principio, debo empezar por decirles que conozco perfectamente esta historia, no porque la hubiera escuchado, es más, ni siquiera porque haya sido un testigo de ello, sino porque lo que les voy a narrar ha sido lo más bonito que he podido vivir yo, ¡así es! es mi historia de amor, (que acá entre nos, ni yo sé cómo ha sucedido) así que haré un atisbo a lo íntimo del corazón y desde ahí les leeré en voz alta tal y como sucedieron las cosas...

Y sí... todo comenzó aquel 15 de abril cuando llegué al convento (preferiré ahorrar esfuerzos y no decir su nombre), desde que emprendí la aventura de llegar hasta allá se vaticinaba una estadía llena de bastantes sucesos, pues, mil y un inconvenientes se presentaron cuando viajaba hacia el convento. Luego de tres días de viaje, por fin había llegado a aquel lugar lleno de silencio y paz, un camino empedrado me recibió y tuve que recorrerlo hasta llegar a la portería donde cruzaría para dar muerte a mi vida en el



siglo y renacer en la vida de la pobreza, castidad y obediencia; mientras era guiado por uno de los frailes a la que sería mi celda -la celda es el aposento, en lugar de descanso, interioridad y recogimiento de los frailes- veía con asombro, admiración y curiosidad cada uno de los lugares por los que iba caminando; al llegar a la celda encontré que era un confortable, sencillo y pobre espacio, suficiente para ser feliz conmigo mismo -pensé-, encontré una cama, un closet, un crucifijo colgado en la pared cerca a la cama, un escritorio y una silla, lo primero que hice al entrar fue sentarme en la cama y buscar en mi maleta un cuadro de la virgen de Guadalupe y lo puse en el centro del escritorio y salí a recorrer los jardines.

Al llegar al jardín sentí un frío tremendo que me obligó a abrigarme, en este jardín se sentía un suave olor que se mezclaba con el aroma de las rosas y el café que estaban preparando en la cocina, en el centro había una fuente rodeada por muchas rosas rojas y a los alrededores de los pasillos había también rosas pero de distintos colores junto a jazmines y margaritas; las paredes de los pasillos que colindan con este jardín llenas también de pinturas religiosas, perfectas réplicas de las obras más famosas del arte sacro. Me indicaron que debía prepararme para el rezo de las vísperas, así que entré en un silencio contemplativo y me fui acercando a la capilla, allí reinaba un silencio especial -como en todos los lugares del convento, a decir verdad-, era una hermosa capilla, con un retablo que tendría al menos dos siglos de antigüedad y que cubría toda la pared del presbiterio...

Pasaron varios minutos en los que cada uno de los frailes y novicios prosternados y en silencio meditaban y yo no hacía más que emular sus acciones, acciones que prontamente olvidaba al mirar con curiosidad a cada uno de ellos y también al admirar cada obra de arte que había allí.

Eran las seis y treinta de la tarde cuando un

fraile irrumpe con la entonación del *regina caeli* el silencio súbito de la capilla, seguidamente inició el canto de las vísperas con su salmodia fantástica; sentía una dicha indescriptible en mi corazón, pues, era mi primer día de noviciado, -comenzaba un camino prometedor en el que muchos me auguraban una carrera eclesiástica brillante-, entre solemnes melodías y pausas transcurría el rezo de las vísperas y en mi corazón se reafirmaba una idea un tanto extraña:

“No volverás a ser el mismo”.

No le di mayor trascendencia e importancia dado a que pensaba que no estaba acorde a ese momento casi onírico. Una vez llegó el silencio mayor, me dirigí a mi celda a entregarme al descanso nocturno, no sin antes meditar un momento acerca de todo lo que había acontecido y lo agradecido que me sentía con Dios. Esa misma noche acaeció que alrededor de las tres de la mañana se sintió un temblor (algo fuerte pero no pasó de ser algo más que un susto), este logró despertar a todos en el convento y generar cierto nerviosismo, era quizá el signo profético de todo lo que se tenía por vivir y que en ese momento no podría siquiera imaginarme.

Años después -lo que pasó en esos años no fue nada extraordinario- llegó una profesora al convento, quien sería la encargada de enseñarnos a traducir los textos griegos que utilizaríamos para el estudio de las ciencias religiosas y bíblicas, desde que la vi por primera vez sentí que conocía a Dios personificado en la más hermosa de las mujeres, lo primero que mis sentidos pudieron percibir de ella fue su voz, cual si fuera una particella de una flauta escrita por Mozart, tan bien orquestada, de esas que apenas se pueden percibir de una forma dulce y discreta en la totalidad de la belleza de su obra y que cuando se escucha sola pareciera la voz del ángel de Dios que recita el más bello mensaje de amor; luego quedé impresionado con sus ojos, ¡dos luceros que al mirarlos reflejan dulzura y un delicioso amor!... amor, amor, amor... no

puedo más que compararla con el amor; para no detenerme a describir mi embelesamiento y tratando de atender el llamado a la cordura que mi conciencia me hace en estos momentos prosigo con mi relato.

Sin darme cuenta, en aquella primera mirada experimenté algo que nunca había experimentado. De manera extraña, un tipo de certeza se apoderaba de mí, certeza que hacía que sintiera que mi búsqueda había terminado, (aunque no era como lo había imaginado); al principio mi trato hacia ella era muy cordial, como el que tenía con cualquiera de los profesores del convento, pero con el tiempo se fueron creando vínculos de cercanía.

En una mañana de martes, mientras pasaba del refectorio a mi celda, justo antes de iniciar la jornada de estudios, veo que ella había llegado más temprano de lo habitual y se encontraba sola en el aula donde recibíamos clase, sin dudar ni un instante, me acerqué a ella percatándome de que ninguno de los frailes ni de los novicios me vieran; apenas crucé la puerta vi cómo me saludó con una resplandeciente sonrisa y con aquel saludo todas mis penas parecían haber desaparecido.

-Buenos días, maestra -le dije-.

-Hola ¿cómo te encuentras? -me respondió-.

Quedé como bloqueado entre los nervios y el encanto y luego de un instante de silencio me resolví a decirle que no importaba si en el momento me sentía bien o me sentía mal, sino que lo realmente importante era que a partir de que mis ojos vieron a tan delicada, dulce y bella mujer me encontraba como viviendo una porción de gloria y de cielo; ella sonrojada, calla y con su mirada me da a entender que se había puesto muy nerviosa y el rojo de sus mejillas me gritaba que me deseaba; entonces presuroso me atreví a darle un abrazo y luego salí a

prepararme para las clases. Al pasar las horas, volví a encontrarme con ella, era el momento de ir a la capilla a rezar la hora intermedia, pero en ese instante olvidé que era novicio y que debía ir a rezar con la comunidad, en ese instante mi mundo era ella y solo importaba ella, así que decidí tomarla de la mano y llevarla a un lugar del convento en el que yo sabía nadie llegaría; le dije que de ella me había enamorado y que sabía que era un error pero que no podía engañarme más, ella con mirada de miedo me manifestó que era correspondido, aunque se sentía muy mal porque no debía fijarse en mí, así, antes de que sus palabras empezaran a doler y distanciarnos me lancé hacia ella; la besé y la pasión comenzó a encender nuestros cuerpos, entre un sinfín de caricias la fui despojando de su ropa y de igual forma ella iba quitando mi hábito, así quedamos



el uno cerca del otro tiritando de frío -aunque pienso que era más el miedo que el frío lo que nos hacía tiritar-, contemplando nuestros cuerpos entre el amor hecho carne en una pasional cena, bebiendo de nuestra desnudez (¡oh desnudez que descubre nuestra vulnerabilidad al otro y la confía a su buena voluntad!). En ese momento hacía tan mías las palabras del libro del cantar de los cantares “...mejores que el vino son tus amores”

Reposando mi cabeza sobre su pecho descubierto como dos montañas nevadas siento como puedo descansar entre alfombras perfumadas y encuentro la tranquilidad que hasta el momento no había sentido y los dos nos hicimos un solo cuerpo, ardía tanto la pasión que desapareció el frío y tan solo se escuchaba la opera del amor que entre los dos cantábamos estallando de placer; suena la campana de la capilla indicando el final de la oración y obviamente dando final también a nuestro idilio, rápidamente nos vestimos y todo volvió a esa triste normalidad, por cierto, nadie se había percatado de mi ausencia en la capilla.

Pasaron los días y siempre que nos cruzábamos tratábamos de disimular que nos moríamos el uno por el otro, que nos deseábamos intensamente, hasta que un día resolvimos hablar

¡Eso no puede volver a pasar! -me decía ella con insistencia, pero a la vez dubitativa-

A pesar de que sabíamos que “eso no podía volver a pasar” desde ese día nuestros encuentros se convirtieron en un habitual estallido de amor y pasión, así pasaron tres meses en los que cada semana el mismo día y a la misma hora nos encontrábamos para hacer el amor; hasta que un día una extraña enfermedad llegó al convento e hizo que todos los frailes y novicios enfermáramos y tuviéramos que aislarnos, era una especie de neumonía, ciertamente esta enfermedad no fue tan fuerte, pues, mi organismo la supo controlar, pero, al estar alejado de ella entré en una profunda depresión -de la que jamás pude salir-, el momento de enfermedad me sirvió para reflexionar y darme cuenta que quería estar era con ella y no debía mentirme más, era el momento de ser honesto conmigo mismo, era momento de cambiar el rumbo de mis pasos.

“No volverás a ser el mismo”, es el momento de recordar esta profecía, ahora si le puedo encontrar sentido a esa idea que llegaba a mi mente, me pude dar cuenta que ya no era el mismo, el amor me había cambiado, pero no se si para bien o para mal, así que resolví dar un paso al costado y dar punto final a mi vida religiosa, no sin antes decirle a mi amada que quería apostar todo por ser feliz a su lado, la abracé y le dije que pronto volvería a saber de mí, que me diera tiempo y me esperara.

En un abrazo (que fue un eterno instante) ella me dijo que en su vida nadie le había hecho sentir tan amada y que estaría esperándome toda la vida...

Al cabo de unos días, luego de un viaje regresé por ella, la había citado en un parque, pero cuando llegó fue fría en su saludo y me cuenta que ella tiene su hogar, vaya forma de saber que ella me había mentido, me daba cuenta que



todo fue una farsa... yo entre la frustración y la tristeza no pude decirle más que:

“¿Por qué?”, dirigí mi mirada hacia sus ojos.

Y ella en su...no sé qué sentía, tan solo me dijo:

“Lo siento”, -musitó de forma apenas audible- luego, callando da la vuelta y se marcha.

Se preguntarán: qué hice, cómo reaccioné... pues, no había más nada que decir, así que mientras veo como ella se va caminando, destrozado me siento en el piso, en este instante (mientras segundo a segundo va desapareciendo de mi vista) yo..yo impotente voy escribiendo mi historia. Como podrán intuir, lo que sigue ahora es despedirme de ustedes que se interesaron y de aquellos que se interesarán en leer este húmedo papel en el que he llorado y escribiendo mi historia de amor, mientras sostengo un puñal con mi mano izquierda. En este momento con un sucinto y certero movimiento me dispongo a dar fin a mi dolor...

y sí... ¡no volví a ser el mismo! mi vida se ha empezado a ir junto a ella, yo mismo se la entregué, es la muestra de mi amor.

Aunque escucho como grita y corre presurosa al verme moribundo y tratar de socorrerme, ya es muy tarde, es demasiado tarde, ya las aves cantan mi réquiem...

Adiós para siempre.





**ENTRE
LINEAS**